

SORPRESA

Mucho se ha escrito en veinticuatro horas acerca de Benedicto XVI, al que no sé por qué en España no llamamos siempre Benito XVI. Quizá la forma más culta y cercana al latín nos pareció más respetuosa. Pero en Francia le llamaban Benoît y no Benedictus (esto quizá allí habría sonado a un personaje de Asterix). En fin, a lo que vamos.

Hace tiempo que comentábamos en casa cuándo habría un Papa que renunciara (dimitiera) y nos parecía que los tiempos exigían de hombres más jóvenes al frente de la Iglesia católica. Mira por donde, este hombrecito frágil y algo femenino en la suavidad de su rostro y en sus modales, aunque recio en su pensamiento teológico y doctrinal, va y da la campanada.

Doy gracias a Dios por su mente clara y su alto sentido de la responsabilidad. Por ser capaz de darse cuenta, entre el fru-frú de tanta sotana notable, entre tanto fiel sacralizador de su figura, entre tanta barahúnda mediática, de su fragilidad y de su incapacidad para hacer frente al tiempo en que estamos.

Cuántos, laicos y religiosos, quieren seguir en sus puestos, aferrándose al poder, al control, al prestigio o, simplemente, a lo que ellos creen que es su derecho. Este Papa, Joseph Ratzinger, bien conocido (no por muchos) como teólogo y hombre de fe, ha dado un testimonio no sólo de cordura, sino de respeto por la voluntad divina que, sin duda, y tras un examen en profundidad de su conciencia (el único lugar en donde se oye, si se escucha, la voz de Dios) ha alcanzado la luz para el camino que emprende.

Este acto valiente y arriesgado es además de una generosidad total y muestra su preocupación por la vida profunda de la Iglesia. Supongo que, en lo más íntimo de su corazón, espera de los cardenales la misma cordura y generosidad para que elijan a alguien más fuerte que él y capaz de hacer frente a esas intrigas e intereses que, sin duda y sin que ello parezca una crítica, se dan entre los purpurados, al fin y al cabo personas como todos.

Es una gran lección para todos los ordenados de la Iglesia, pero también lo es para los dirigentes de toda clase de corporaciones; políticas, económicas y sociales, que con frecuencia se sienten investidos de un toque especial, que se apropian de las vidas de los demás, que se sienten poseedores de la razón y de la verdad. Es una demostración de humildad y de fragilidad, esa que tanto cuesta admitir. Pone de manifiesto un deseo de no cometer errores que afecten a las conciencias de los fieles, a sus vidas de fe y a su salvación.

No sé si la iglesia necesita de un nuevo Concilio, pero es muy posible que sí necesite de un Papa que conozca la pobreza en directo, que sepa de la violencia cercana, de la desolación de pueblos sin esperanza, que elimine tanta hojarasca litúrgica y doctrinal como ha venido cayendo en los últimos cincuenta años sobre la práctica y la devoción, que dé espacio para las manifestaciones culturales de los fieles, de modo que les sea más cercano el mensaje evangélico y puedan hacerlo suyo desde su propio mundo simbólico.

Alguien que sea capaz de afirmar la igual dignidad de hombres y mujeres, alguien que tenga en cuenta las necesidades afectivas de los clérigos y los religiosos, alguien que comprenda que la costumbre es enemiga de la vivencia de fe. Alguien que ponga en valor con energía el espíritu simple del Evangelio. Es decir, de la Buena Noticia de que todos somos Hijos de Dios y de que Su misericordia alcanza a todos, incluso a aquellos que nos sentimos incapaces de perdonar con nuestro rasero humano.

Hace falta alguien que muestre los valores de la solidaridad, la comprensión, la cercanía y la gratuidad de lo que somos y tenemos. Alguien que sea capaz de ver y hacer gestos para significar que los creyentes en Cristo de las distintas confesiones somos una sola iglesia y que, aquellos que niegan o no conocen la divinidad de Cristo, son igualmente miembros de la gran iglesia universal de los seres humanos, todos ellos creados por Dios.

Benedicto XVI, a partir del 28 de febrero, Joseph Ratzinger, tenga larga vida y siga iluminando a los fieles con su labor de teólogo.

Pobres espíritus son los que piensan que será una especie de Papa en la sombra, gravitando sobre el próximo. El espíritu del mundo es tan fuerte que no nos damos cuenta de lo que valen determinados gestos y siempre sospechamos de intenciones torcidas.

No puedo evitar, en medio de la seriedad histórica del hecho y de su futura significación, alegrarme del 'susto' que les ha dado a los cardenales. Impresionante en este sentido el ejercicio de libertad de este hombre tocado de la Gracia de Dios.